

# La señora no quiere libros

En mi último viaje a Madrid, uno de mis amigos, gran husmeador de librerías y puestos de libros de viejo—a donde va a estudiar psicología nacional, y no es la peor clínica para ello—me ha contado cosas verdaderamente peregrinas, en especial sobre la guerra que la mujer tiene declarada al libro.

Decíame que es frecuente que al llegar a escoger y comprar libros algún respetable casado, encarga que no se los lleven a su casa, sino que él los recogerá e irá llevando uno a uno. Teme que si su mujer ve llegar un paquete de ellos los rechace o los arroje por el balcón.

Me contó de un venerable senador que compró una obra de agricultura—algo así como un diccionario o enciclopedia agrícola—en varios tomos, y dejó encargado que de ninguna manera se los llevaran a su casa, pues él mandaría a por ellos. Mas como tardase, en esto acabaron por llevárselos. Salió la señora, la no menos venerable senadora, y al ver el envío exclamó: «¿Libros?; no, aquí no entran más libros!» «Pero, señora—arguyó el portador;—si su marido de usted los ha comprado y pagado ya...» «¿Sí? pues yo los devuelvo y le digo a usted que aquí no entran más libros.»

La oposición tenía, sin duda, un origen afectivo, pero más todavía un origen económico. El libro es enemigo de la mujer. O mejor dicho, la mujer es enemiga del libro. Es decir, ambas cosas. La mujer sabe que su marido se encierra no pocas veces con el libro y pretexto tener que estudiar por no oírle a ella. Y alguna vez exclama: «es que lo que dice el libro vale más que lo que yo digo?» Hace poco me ha asegurado un amigo mío que su suegro ha emprendido la tarea de escribir un doctísimo y muy voluminoso libro repleto de estadísticas, no más que por poder encerrarse en su cuarto huyendo de las tabarras de su mujer. Y son no pocas las que tienen celos de los libros. Me han contado de una que sentía furiosos celos de las heroínas de las novelas que sin cesar leía su marido.

Pero más aún que de origen afectivo es de origen económico la aversión de ciertas señoras para con los libros. Un sombrero, un manguito o un abrigo, nunca les parecen bastante caros, y un libro nunca bastante barato. «Yo no sé para qué te sirvió hacerte abogado en la Universidad—le dice su mujer a un abogado con bufete—si has de estar a cada momento comprando libros». «Pero si son de estudio, hija mía...» «¿Es que no estudiaste bastante mientras éramos novios?...»

Hay que agregar otra aversión y esta es la más tenebrosa. Es la que el confesor les inculca. Ya sabrán mis lectores que hay un precio de quemadero, es decir, que se paga por ciertas obras—las de Victor Hugo entre ellas, y esto delata la bobería de esas gentes—para quemar sus ejemplares. Con lo que se prepara

nuevas tiradas.

Recuerdo que hace unos años un comisionista en libros logró colocar en Bilbao bastantes ejemplares de la «Geografía universal», de Reclus. Poco tiempo después corrió, con no sé qué motivo, por los periódicos, el nombre del ilustre geógrafo como el de un anarquista. Y en Bilbao se pudo comprar entonces su monumental «Geografía» a precios irrisoriamente baratos. No la quemaron, pero la malvendieron. Era pecaminoso leer la Geografía de un anarquista.

Lo que me recuerda otra anécdota ocurrida allá por el decenio del 40 al 50 del siglo pasado en la villa de Vergara. Y era que por entonces se hablaba mucho y con gran indignación por parte de la Prensa católica, de

la «Vida de Jesús», de David Strauss, homónimo de apellido—uno de los más vulgares de Alemania—del músico, en aquel mismo tiempo famoso, autor de valsos. Y había en Vergara, por entonces, un fraile exclaustro con quien fué a confesarse una señorita, hermana de mi padre, puesto que este sucedido lo he recibido de tradición familiar. Y al ir a confesarse mi tía preguntó al confesor si había bailado; contestó que sí, y entonces aquél si lo que bailó fueron valsos; y como mi tía le dijese que sí, que también había bailado valsos, el fraile exclaustro, lleno de espanto, le preguntó: «¿de Strauss?» El bailar valsos de Strauss era aún más pecaminoso, parece, que leer la Geografía de Reclus.

Mas a pesar de esta enemiga de nuestras señoras hacia los libros, cuélanse en los hogares de nuestras familias más devotas y hasta gajmoñas, libros que en otros países, que pasan por más impíos, difícilmente tendrán acceso en hogares así. Aquí se persigue más lo herético que lo pornográfico, y no es raro encontrar en casas de familias ultra-ortodoxas libros de entretenimiento de un color más que subido.

El otro día unos de esos desdichados que se han sentido ahora de repente francófobos, y que no hacen sino hablar a tonfas y a locas de la corrupción de costumbres de nuestra vecina República del Norte—la que separó la Iglesia del Estado—se sorprendían al decirles yo que al rigor educativo en la clase media francesa, sobre todo la de las pequeñas capitales de provincia, es mucho mayor que el de España en igual clase. Les aduje, entre otras pruebas, las notas que suelen llevar los textos de autores clásicos que sirven en los Liceos franceses para el estudio del latín y el griego, y el escrúpulo con que esos textos suelen estar expurgados. Las traducciones mismas, al llegar a ciertos pasajes algo escabrosos—cuando no los suprimen—son de un eufemismo tal que resultan completamente desfiguradas.





Y es que la guerra al libro no se le hace en España por razones de moralidad. Causa risa el ver en la que se llama a sí misma «buena Prensa» a qué clase de libros les declara la guerra y a cuáles otros les deja pasar. Ello suele ser una prueba de la feroz ignorancia de esos críticos y del gusto que suponen en el público a que se dirigen. Y esto ¡claro está! visto desde el punto de vista de ellos. Apenas si tienen clara noción de qué es lo más peligroso y qué lo menos. Se enseñan con verdaderas necedades, en el fondo inofensivas, y dejan pasar libros y autores llenos de veneno para la fe católica. Todo lo cual da la medida de su comprensión. Y así ocurre que cuando un católico ilustrado francés, inglés o alemán, se entera de los índices expurgatorios de nuestros católicos militantes españoles y de los autores y obras contra los que más se enseñan, no salen de su asombro y se hacen cruces de la ignorancia y la torpeza de los nuestros. Que así es, en efecto.

Aquí, en España, es tan fácil escandalizar a un público de canónigos leyéndoles pasajes tomados de los Santos Padres y de los escritores místicos, como dejarles complacidos con un sermón plagado de herejías. Lo único que hace falta es que no conozcan de antemano al orador ni sepan, por consigna, a qué atenderle a su respecto. Y si esto sucede con los confesores y directores de conciencias, figurémonos lo que sucederá con las pobres señoras dirigidas que no desean sino un pretexto para declararles guerra al libro que cuesta lo que un cintajo para el sombrero.

Miguel de Unamuno.

